

Hoy la cultura no se reconoce. Presiones de toda índole lo impiden, pero su fuerza liberadora, su carácter festivo, la percepción de las utopías realizables, continúan siendo médula y esqueleto de sus latidos, de su corazón milenario y nuevo, como el corazón de las revoluciones.

Entre 1920 y 1980 muchas cosas han cambiado y nuevas preguntas han surgido. *La Pluma*, en su segunda época, aspira a converger en el debate cultural con la finalidad de aportar al mismo propuestas de diálogo desde la perspectiva más que generacional, humana, que nuestra consecuencia de intelectuales nos impone para con la realidad. Cuando se nos propone ser receptores —simples consumidores— del hecho cultural, nosotros afirmamos nuestra capacidad de creación. La cultura es subversión o no es nada.

*La Pluma*, de igual manera, entiende que la cultura no puede vertebrarse en múltiples ramas. Entendemos que todas ellas tienen un tronco, unas raíces comunes. La humanística y la llamada científica son una sola, y por la defensa de una sola cultura *La Pluma* emerge a este debate, con la esperanza de poder contribuir a un proyecto de cultura nueva.

Así, pues, todos tenemos la palabra.

## LO TECNOTRONICO Y LA NUEVA DERECHA JULIO VELEZ

En efecto, la vieja y carcomida derecha no deja de aprender.

En 1973, un hombre de negocios, presidente director general del Chase Manhattan Bank, entre otras muchas cosas, y llamado David Rockefeller, decide aportar sus dólares para constituir en 1974 la llamada «Trilateral», contando entre otros con Paul J. Austin, presidente de la Coca-Cola Company; con Kirkland, presidente de la AFL-CIO (la más poderosa federación de sindicatos de Estados Unidos); con Jimmy Carter, Michel Crozier, Brzezinski, Agnelli... y así hasta 250 altos financieros, políticos, capitalistas de Europa, Japón y Estados Unidos, que en 1979 se ampliaría con 13 nombres de España, aunque, a decir verdad, tal reagrupamiento les viene ya pequeño y el presidente de la sección europea ha girado diversos viajes a la exótica República Popular de China, constatando que muchos de sus intereses son compartidos por los dirigentes chinos.

De entre los componentes de la Comisión, Michel Crozier, director del Centro de Sociología de la Organización, director de Investigaciones del Centro Nacional de la Investigación Científica y consejero del Gobierno francés para la Economía, Planificación, Educación y Administración pública, será el encargado de elaborar un informe acerca de la ingobernabilidad en la Europa occidental y

de igual manera encargado de analizar los movimientos culturales en Occidente (1).

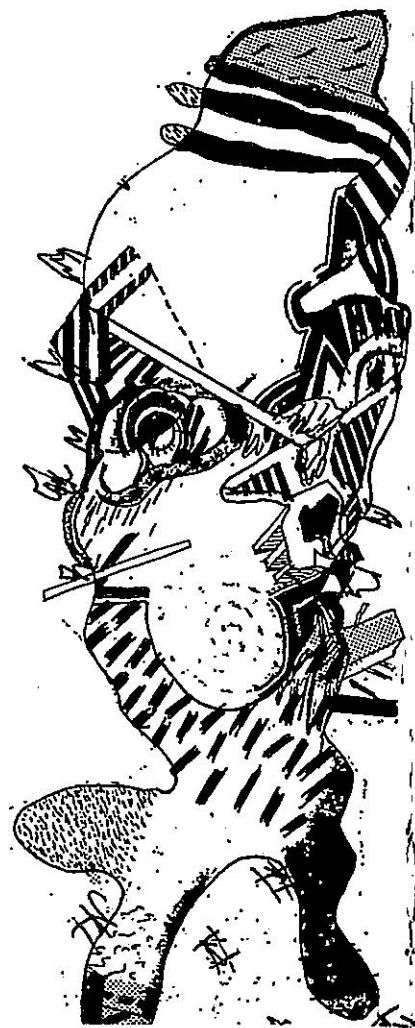
En dicho informe, Crozier afirma que uno de los grupos sociales más conflictivos para la fiabilidad democrática y la gobernabilidad occidental europea son los intelectuales; ellos —dice en la página 48— «aparecen en la primera línea de las luchas sociopolíticas, y sus relaciones con la sociedad cambian radicalmente». O bien (pág. 50), «el mundo cultural puede ser considerado como una caja de resonancias de otras formas de la enfermedad de Occidente», para más adelante dedicar un amplio espacio al «profundo divorcio entre la clase dirigente y los jóvenes valores» (págs. 51 y siguientes).

El problema, según Crozier, es «que debemos enfrentarnos con el hecho de que nos hallamos en el punto más vulnerable del ciclo de las transformaciones, o, dicho de otro modo, del proceso de transición hacia la sociedad postindustrial». En el capítulo de conclusiones finalmente considera que lo que se persigue es «experimentar con modelos más flexibles que producirían un mayor control social con menos presión coercitiva».

La nueva represión —recurre a una violencia no sólo simbólica —como dice Poulantzas— sino abierta: restricciones de la democracia, fichajes electrónicos, reestructuración total de los aparatos judiciales... Pero para enmascarar esta coerción, integra en sus discursos los temas libertarios del mayo del 68.

En defensa del irracionalismo emprenden una ofensiva contra el racionalismo de las luces y el marxismo. Apoyándose en los enormes errores que tiene la puesta en práctica de este último, amparándose en ellos,

(1) Ernesto Mendoza: «La Democracia en Europa». Nuestra Cultura, 1978.



aspira a descalificarlo por entero y lo presenta no como un diablo con cola y azufre, al modo de los jesuitas, sino como la barriga económica de la historia; otro diablo, sin cola ni azufre, pero tan fantasmal como el de los jesuitas.

En defensa de la seguridad ciudadana defiende la teoría de la necesidad de restringir el abuso de las libertades. En nombre de la libertad aspira a que nosotros mismos seamos nuestros propios policías, que tales nuestros propios pensamientos sin necesidad de jueces y tribunales (aunque por sí acaso ahí los deja). En nombre de «tesis» científicas sobre la desigualdad biológica, inspira el racismo y el odio.

## EL OTRO EJE

En el otro eje de las coordenadas, será el consejero en materia de seguridad, Brzezinski, quien defina la «nueva conciencia planetaria» que deja atrás «culturas firmemente enraizadas, religiones tradicionalmente sólidas e identidades nacionales bien distintas».

La nueva cultura de esta supranacionalidad y de la internacionalización de la economía sería la cultura de esta sociedad tecnocrática (2), determinada sobre los planos cultural, psicológico, social y económicos por la influencia de la tecnología y la electrónica.

Orquestada esta estrategia desde años atrás, la expansión de los grandes órganos de comunicación se han ido consolidando y nuestra civilización se encuentra ante un sistema de cultura de masas en el que todos

(2) Brzezinski: «La revolución tecnocrática», ed. «Le midi», París, 1971.

los mensajes se estructuran según los mismos modelos.

«La separación», dice Prokop, «político-político, no coincide, en materia de comunicación de masas, con la oposición entre información lúcida y distracción alienante; y no se plantea mejor el problema al confrontar 'obra de élite' y 'obras vulgares'». Lo esencial no es la falta de «objetividad» en la información o la ausencia de «obras de calidad»; lo que importa es comprobar que las condiciones monopolistas de producción —he aquí la clave— operan, trabajan y actúan dentro de las formas mismas y de los contenidos, tanto en la información y el documental, como en la distracción y la ficción, con el fin de lograr una estandarización y una homogeneización de las diversas formas y contenidos culturales. Esta producción monopolista supone la supeditación del técnico y el creador a las decisiones de las empresas. La evaluación del producto se determina con medios puramente burocráticos (*marketing*). Significa la eliminación de los proveedores más débiles, las necesidades y los gustos del público son modelados por el bombardeo de los productos, por el prestigio de los premios y, en definitiva, por los dólares en juego.

El concepto de «industria cultural» fue adoptado hace tres décadas por la escuela de Frankfurt que así bautizaron esta «cultura de saldos». Este debate sobre la banalización va a continuar hasta nuestros días. Edgar Morin definía esta industria como «una industria ligera». Hoy, como muy bien dice Mattelart, no se podría afirmar más que lo contrario (3).

(3) A. y M. Mattelart: «Le Monde Diplomatique», septiembre 1979.

La industria cultural ha extendido sus poderosos tentáculos y otras «divisiones» de esa misma cadena comercial se dedican al cómic, a las revistas, a los pastelitos o a los juguetes. Y todos con una misma finalidad: la defensa de una cultura transnacional. De una cultura opresora y repetitiva.

Desde hace meses en España asistimos a un curioso y sofisticado proceso de acercamiento a las consecuencias de la sociedad tecnocrática desde lo cotidiano en la vida de los niños. En efecto, este curioso proceso de «humanización de los robots», con su «Guerra de los Planetas» o sus «Mazinger Z»; con esos supermanes infantiles del «Comando G», no son otra cosa que la extensión a estos niveles de lo cotidiano de lo que significa esta «sociedad». «La humanización del robot» en realidad lo que está encubriendo es la «robotización de los humanos». Los productores japoneses de estas series, difundidas por todo Occidente en diversas versiones, saben perfectamente que las simpatías infantiles que despiertan, les servirán para hacer mañana el «Fahrenheit» más terrible que podamos imaginar. Por mucho que esto suene a catastrofismo, no es otra la sociedad a la que nos quieren conducir estos celosos guardianes de la libertad individual.

Productores y distribuidores, cuyo objetivo es invadir un mercado mundial y obtener índices de audición lo más elevados posible, no propician mucho (al contrario de como sucedía en los años veinte, en la época de los primeros oligopolios) las obras relativamente autónomas; en cambio, buscan las sensibilidades promedio y producen signos calculados para todos.

La aparición del videodisco, de la peritelevisión; la excelente utilización del *technical events*, hacen que sus ondas se expandan por igual a cualquier rincón del mundo.



Pueblos enteros controlados por ordenadores, los últimos experimentos acerca de los periódicos visuales, la lucha contra los libros y periódicos como medios de transmisión de la información y su transformación en información visualizada, permite que sólo un muy reducido grupo (las transnacionales americanas) en el mundo se encuentren en disposición de plantar cara a este «reto» del «progreso».

### AHORA, ESPAÑA

El informe de Crozier al que hice referencia al comienzo, no tardó en tener respuesta. Si los intelectuales eran como grupo social un grupo molesto, sólo cabe lanzar una ofensiva para atraerlos. Y así aparecen los nuevos economistas, los nuevos filósofos...

Puestas así las cosas, M. Crozier se convierte en el alma del Comité de los Intelectuales por la Europa de las Libertades (C.I.E.L.), y su documento fundacional es firmado por Arrabal, Pauwels, Dòrmeson, Chabrol, Rubinstein, Yanakakis y Fourastier, entre otros.

En el documento se defenderá el individualismo: «La Europa moderna ha inventado el individualismo. Ha sido la primera en concebir el ser humano individual como encarnación de toda la humanidad, en fundar las libertades políticas y personales sobre el respeto sin discriminación de las leyes generales.» Se constatará la existencia de una crisis civilizatoria, pero se dirá que «esta crisis, su agravamiento incluso, siguen siendo preferibles». Se dirá que «nos negamos a racionalizar las opciones», que «la gratuidad es el reino de la cultura y su necesidad su tumba». Dice igualmente que en la Cultura (así con mayúsculas) «hay que refutar



que pueda sufrir el más mínimo principio de utilidad y toda asignación de finalidad perteneciente a un orden distinto al de la metafísica, que no se dirige más que a las almas, a un alma». Y esto quien lo afirma es el «alma» de la Trilateral para asuntos culturales.

En España no ha tardado en difundirse el manifiesto fiel a lo que en él se afirma de «ampliar el campo de esta voluntad y esta reflexión a los intelectuales de toda Europa», a pesar de que han afirmado «no querer el poder político, sino el cultural» (4).

La revista *Diwan*, en su número 2-3, será la primera minipalanca que usarán. Al igual que sus homónimos franceses, en el «editorial» de la misma existirá un paralelismo mimético y vergonzoso, tanto del Informe de Crozier como del documento fundacional del CIEL. Se afirma que «en España existen sobradamente las condiciones para el ejercicio democrático» (pág. 8) que «el intelectual orgánico de la democracia ha de encontrar en el riesgo del enunciado individual —sin la corriente lucidez del que se ampara en el lugar común— su posibilidad, su derecho y, nos atreveríamos a decir, su obligación» que «acaso en otras épocas críticas de nuestra historia los intelectuales hallan fiado en exceso a la razón de su particular sentir. Pero parece lo contrario lo de hoy. Antes se equivocaban. Hoy opinan de modo que no pueden equivocarse. Están más cerca del fascismo que aquéllos, aunque nadie pueda demostrarlo con citas». Se afirma de igual manera que «en la constitución y supervivencia de España la voluntad europea es factor esencial», y así a lo largo y ancho de tres engorrosas y mal escritas páginas.

(4) *El País*, agosto 1979.

Posiblemente estén de acuerdo con el artículo de ABC del 23 de septiembre del 79, firmado por Antonio Garrigues, que termina diciendo que «La nueva derecha, con su crítica de la derecha tradicional, puede también, si supera las simplezas del neopaganismo y la idolatría de los genes, contribuir a la renovación de esa vieja derecha tan necesitada de ella como la no menos anquilosada izquierda vigente».

Pero Crozier también hablaba del «divorcio entre la clase dirigente y los jóvenes valores», quizá esto aletee en el fondo de algunos de los insultos de los que hacen ostensibilidad, recubiertos con ese lenguaje del llamado «pasotismo», quizá ilustre algunas páginas de *La Bañera*, que hace ya algunos meses que no cambian de agua y está ya podrida; quizá se encuentre en algún que otro manifiesto prefabricado para aparecer en las páginas culturales de los periódicos.

¡No son más que tres aldeanas sobre tres borricos!, le gritó el utópico Don Quijote al realista Sancho, cuando éste pretendía hacer pasar por Dulcinea y sus damas de honor a tres campesinas montadas en borricos. En este caso no han subido a las aldeanas en borricos, pero la verdad es que lo parecen.

## EL ANARCOCAPITALISMO Y LOS NEOLIBERALES JOSE ANTONIO ALONSO RODRIGUEZ

«Eu creio que dentro de uns anos a Europa enteira ha de ser un campo de esperimentación de sociedades futuras; e creio tamén que, pra o desenvolvemento da humanidade, ista ha ser unha cousa útil e boa, do mesmo xeito que é boa que os nenos boten os dentes ou que os paxaros muden a pruma. O que non impide que nises interesantes periodos das súas vidas, o paxaro non cante e o neno berre adoecido de doctros.»

(Florentino L. Cuevillas, *Dos nosos tempos*, 1920.)

Resulta estimulante el sentirse inmerso en una época histórica de mutación, de cambio social, de crisis en todos los ámbitos y sentidos. Lo más atractivo de una época como la que vivimos radica, en mi opinión, en su demoledora capacidad para echar por tierra los viejos moldes, los viejos valores, las viejas pautas culturales y, con ellos, los caducos esquemas interpretativos, las teorías obsoletas. Inmerso en este proceso uno se siente ilusionado partícipe de una tarea liberadora que a nivel teórico consiste en poner todo «patas arriba», en desatar la capacidad crítica llevándola al cuestionamiento radical de cuanto resulta un lastre pesado para el libre razonamiento, en zambullirse en la indefinición, entendida no como ausencia de tomas de posición, sino como cuestionamiento constante de lo establecido. Junto a esta gratificacante tarea, y como la otra cara de este proceso teórico-destructivo, uno se sien-